

TEORÍA

Sócrates

Enrique Suárez Íñiguez*

... porque una vida sin
examen no es vida.

Sócrates

La filosofía, bien se sabe, nace en Jonia en el siglo VI a.c. con Tales de Mileto seguido por Anaximandro y Anaxímenes. Los primeros pensadores se abocarán al estudio del cosmos y por ello serán llamados cosmogónicos. Sus preocupaciones estarán centradas en los asuntos externos al hombre. Es el nacimiento de la filosofía como lo ha bautizado F. M. Cornford: el estudio de fenómenos naturales sin supeditarlos a creencias religiosas -como hasta entonces se había hecho- y basados en los sentidos.

Un siglo más tarde, dentro del periodo propiamente clásico, surgirán otros pensadores que realizarán un notable avance en el desarrollo de la filosofía. Se desentenderán del mundo exterior centrándose, en sus reflexiones y prácticas, en el hombre. No son un grupo homogéneo. Son personalidades con puntos en común pero con diferencias marcadas entre ellos. Se les conoce con el nombre de sofistas¹.

Los sofistas van a enseñar la *areté* del ciudadano². Es decir van a otorgarle al discípulo las habilidades, capacidades y prácticas que le permitan tener éxito en la vida pública de las democracias griegas. Sus enseñanzas abarcan una serie de asignaturas, por así llamarlas, como artes militares, historia y retórica; materia, ésta última, sobre la que ponen gran énfasis.

El éxito de los sofistas, a mi modo de ver, derivaba de la finalidad perseguida: los conocimientos impartidos por ellos permitían al estudiante incorporarse al aparato de Estado y lograr honores, riquezas y poder. En ciudades relativamente pequeñas en donde la forma de gobierno establecida era la democracia y donde los cargos se ocupaban por elección (aunque también por sorteo, cabe apuntarlo), las oportunidades de acceso a ellos eran mayores si se había tenido una instrucción de este tipo.³ Lo que implica, a mi juicio, que los sofistas aceptaban la *Weltanschauung* del sistema; no se oponían a él ni planteaban opciones. Eran hombres del *establishment* griego y por ello su preocupación filosófica versaba sobre el ejercicio público o la función social.

Los sofistas cobraban honorarios por sus servicios y, los más famosos, eran muy respetados y seguidos. Lograron un avance incuestionable en la filosofía toda vez que no sólo se desligaron en lo posible de explicaciones metafísicas sino que, además, se centraron en los asuntos de hombre. Asuntos eminentemente prácticos, si se quiere, pero asuntos del hombre al fin y al cabo.

Por otra parte representaron un nivel de educación no alcanzado antes. Los sofistas fueron verdaderos "precur-

desde Homero en un sentido amplio para designar las excelencias no sólo del hombre sino de los dioses y de los animales. El hombre ordinario no tiene *areté* según Jaeger. Este es el "atributo propio de la nobleza". Sostiene que la raíz de la palabra es la misma que el superlativo de distinguido y selecto. En plural se usaba para aludir a la nobleza. Por tanto tiene que ver con todas las características de ésta: el valor, el señorío, el honor. En un principio sólo se refería al aspecto guerrero pero después pasó a los asuntos del espíritu. Por eso, para él, *areté* es la base de toda la concepción pedagógica griega. Jaeger se apoya en lo que le dice Fénix a Aquiles en la *Ilíada* sobre los objetivos para los cuales fue educado: pronunciar palabras y realizar acciones: la realización del espíritu y del cuerpo. *Areté* hace alusión a todo lo noble del ser humano: a sus últimos y supremos objetivos. Estos, según Jaeger, eran producto de una situación histórico-cultural y no universales. *Areté* es una palabra griega y refleja una realidad griega. Por ahora y dados los fines de este trabajo utilizaré *areté* en el sentido primero, entre cuyos exponentes se encuentra el también erudito W. K. C. Guthrie, *Los filósofos griegos*, México, Breviarios FCE No. 88, 1977.

³ He tratado estos aspectos con mayor detalle en el "El sentido de la educación y la política en la Grecia clásica (hasta Platón)" *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* No. 134, octubre-diciembre 1988, pp. 123-141.

* Profesor adscrito a la Coordinación de Ciencia Política.

¹ El término no tenía, en la época, un sentido peyorativo. Indicaba solamente el nombre de una corriente filosófica. En realidad *sophistes* significaba "maestro de sabiduría" y en su origen se utilizó para referirse a los artesanos expertos en la realización de una determinada labor.

² *Areté* es traducido, generalmente, por "virtud". Pero dista mucho de significar lo mismo que para el mundo occidental moderno la palabra *virtud* que lleva una acepción moral implícita. *Areté* se usaba como un concepto relativo, esto es, en relación con algo o alguien y no por sí solo. En un principio significaba habilidad, eficacia, capacidad para hacer bien una determinada tarea. Así, había la *areté* del zapatero, del cochero o del general, aludiendo con ello a la capacidad o habilidad para hacer zapatos, conducir carruajes o dirigir batallas. Y en ocasiones se hacía más profunda la significación calificándola de *antrophine* para hacer referencia a las características del hombre en tanto tal, independientemente de su función social. Esta es una interpretación. Pero hay otra, mucho más profunda y compleja y, de hecho, contraria a la anterior. El exponente es Werner Jaeger uno de los expertos más reconocidos y prestigiados. Para él, el concepto *areté* es usado

sores de la educación superior", como los ha llamado Petrie.

En ese mismo siglo vivirá un hombre que llevará la filosofía a una etapa de madurez nunca antes imaginada. Un hombre que revolucionará el sentido mismo de la filosofía fincando las bases para todo su desarrollo posterior. Me refiero, naturalmente, a Sócrates.

Sócrates nace en el 469 (o antes) y muere en 399. Es hijo de Sofronisco y de Fenarete del *deme* (o barrio) de Alopece en la Atenas gloriosa. Le tocó vivir el esplendor y el apogeo de su ciudad natal. Dos años antes de su nacimiento, aproximadamente, Esquilo había dado a conocer su obra *Los Persas*. Muy probablemente asistió a las representaciones de las obras de Sófocles y Eurípides; gozó de las esculturas de Fidias y de los frescos de Polignoto; vio construir el Partenón; observó -y ocasionalmente participó- en la vida política de Atenas; estuvo cercano al círculo de Pericles; en una palabra, vivió el máximo momento en la historia de Atenas.

Sócrates también se preocupó por los asuntos del hombre y no por los de la naturaleza; pero su preocupación por el hombre fue de una dimensión radicalmente distinta a la de los sofistas.

Para sintetizar su pensamiento es menester recordar algunos datos de su biografía. Hasta la mitad de su vida Sócrates vive como el resto de los atenienses de su clase. Sin embargo, ya desde antes poseía fama de sabio y de pensador si nos atenemos a la caricatura que de él hace Aristófanes en *Las Nubes* (único testimonio sobre Sócrates anterior a su muerte). Antes de que Sócrates cumpla los cuarenta años, su amigo Querefón lo lleva a la ciudad de Delfos en donde estaba situado el famoso templo del dios Apolo, famoso por los oráculos que ahí se realizaban y de cuya autenticidad ningún griego dudaba. Era ahí, en las paredes del recinto, donde estaba inscrita la frase "conócete a tí mismo". Pues bien, Querefón le pregunta a Apolo que si existía en el mundo un hombre más sabio que Sócrates, a lo que el dios responde negativamente. Sócrates queda sorprendido por la respuesta pues bien sabía que no era sabio; pero Apolo no podía equivocarse. Sócrates consagra los días siguientes a interpretar lo que él consideraba un mensaje del dios.

Acude a entrevistarse con políticos, poetas y artesanos -considerados hombres de saber- para descubrir que ninguno de los dos primeros grupos sabía gran cosa de su propia función y que si bien los artesanos conocían su oficio, ignoraban todo el resto de temas de los que presumían saber. Entonces interpreta el mensaje: Los hombres ignoraban los asuntos esenciales del hombre. Él, al menos, era consciente de que los ignoraba. Desde ese momento consagró su vida, como una verdadera misión, como una cruzada, a indagar, por sí y con los demás, las respuestas a las elevadas preguntas sobre el sentido de la existencia humana.

Los griegos, a juicio de Sócrates, dedicaban todo su tiempo a la conquista, a la búsqueda del poder, a la adquisición de honores y riquezas; pero el hombre es

hombre no por los cargos públicos o las funciones sociales que desempeñe sino porque tiene la calidad de hombre: la esencia que lo hace ser tal.

¿Qué es la esencia? Aquello que las cosas son en sí mismas, no la apariencia de ellas; lo que es inmanente a la calidad de la cosa y que permanece. A ello debía consagrarse la filosofía: a descubrir la "esencia pura y verdadera de las cosas", como dice Platón en el *Fedón*. Pero no de todas las cosas sino de las relativas al alma (porque esa es, precisamente, la esencia del hombre). Había que cuidarla y "hacerla tan buena como fuera posible".⁴

Por medio de la razón, sin la intervención de los sentidos que sólo perciben lo aparente, se podía descubrir la esencia pura de las cosas, es decir, las Ideas o Formas.

Llegados a este punto es menester hacer tres puntualizaciones.

1a. Sócrates es el creador del concepto del alma tal y como ha llegado a nosotros, es decir, la sede de la inteligencia y del carácter moral del individuo.

2a. Sócrates va a postular que la razón es el vehículo para el conocimiento filosófico porque puede llegar a fondo de la esencia, en tanto que los sentidos sólo notarán lo aparente.

3a. La teoría de las Ideas o Formas es un tema controvertible. Es de todos conocido que Sócrates no escribió. Lo que de él sabemos es gracias a Platón, a Jenofonte y, en menor medida, a Esquines de Esfeto. Con todas las salvedades del caso nos son de utilidad *Las Nubes* de Aristófanes y las páginas de Diógenes Laercio. Para tener una visión lo más fiel posible de Sócrates necesitamos acudir a todos ellos y saberlo hacer. No obstante es sin duda Platón quien nos da un trazo más exacto del pensamiento y de la personalidad de su maestro. Pero como Platón no es sólo su biógrafo más destacado sino uno de los más grandes filósofos que ha dado la humanidad, resulta natural que entretenga sus propias ideas con las de Sócrates. Esto se da de tal manera que resulta extraordinariamente difícil deslindar, en la obra de Platón, lo que es socrático de lo propiamente platónico. Ni los grandes eruditos se han puesto de acuerdo en todos los asuntos. Es el caso de la teoría de las Ideas o de las Formas. La inmensa mayoría sostiene que es platónica. John Burnet y A. E. Taylor, en cambio, afirman que es socrática.

Por la agudeza y solidez de los juicios de ambos ingleses, porque de otra manera parecería inconcebible la importancia que el propio Platón atribuyó a su maestro, porque es factible percibir la evolución de las ideas en los escritos de Platón, estoy convencido que la Teoría de las Ideas, por lo menos en su parte incipiente, original, es creación de Sócrates y que el desarrollo de ella es obra de Platón. Hay diálogos claramente socráticos (*Apología*, *Critón*, *Eutifrón*, etc.), unos de transición (*Teeteto*) y otros definitivamente platónicos (*República*, *Leyes*, etc.)

⁴ Sobre decir que Sócrates planteaba este asunto desde una óptica estrictamente humana y no con un enfoque religioso.

Por otro lado no podemos poner en duda la credibilidad de algunos diálogos de Platón y creer al pie de la letra otros. Nadie cuestiona lo aseverado en la *Apología*, en el *Critón* o en el *Eutifrón* y resultaría absurdo suponer que, cuando Platón narra el proceso condenatorio contra Sócrates o el último día de vida de su maestro, añadiera ideas propias. Platón describe con fidelidad el pensamiento y la acción de Sócrates.

En síntesis, apoyado en Burnet y Taylor, sostengo que la Teoría de las Ideas es socrática y que sólo así se puede entender la enorme importancia que la humanidad ha atribuido al hijo de Sofronisco; que Platón la desarrolló y lleva a sus últimas consecuencias, creando, además, otras trascendentes ideas originales.

Volvamos, pues a donde nos habíamos quedado antes de las tres puntualizaciones, en la tercera de las cuales me vi obligado a extenderme.

Había dicho que por medio de la razón el hombre podía descubrir la esencia pura de las cosas, es decir, las ideas o formas y que esto llevaba a estudiar y entender los asuntos del alma para hacerla tan buena como fuera posible, vale decir, para perfeccionarla.

¿Qué son las Ideas o Formas? Hemos dicho ya que la "esencia pura y verdadera de las cosas", pero ¿qué significa esto? Algunos ejemplos nos pueden ayudar. Si pensamos en un vaso, unos nos imaginamos un vaso de cristal transparente, otros uno de color, alguno un vaso ancho y otro un vaso largo de barro etc. Todos son vasos aunque tengan distintas formas y sean de diferente material. Pero la *idea* de vaso contiene a todas las variedades. Es lo que tiene la esencia de algo que usamos para contener líquido y beber de él; lo que tienen de común los diversos vasos. Si se tratara de dibujar un triángulo, unos lo pintaríamos equilátero, otros escaleno y ni con ayuda de la regla aparecería perfecto, pero la idea de triángulo existe, contiene a todos los tipos de triángulo y permanece. Nadie ha visto nunca una recta perfecta, pero conocemos la línea recta. Estas son las Ideas o Formas. Y a estudiarlas se dedicó Sócrates: a la elaboración del concepto.

Esto explica por qué Sócrates a menudo se desesperaba cuando le preguntaba a su interlocutor, por ejemplo, por la belleza y éste respondía que un atardecer o un caballo. Sócrates replicaba entonces que no había preguntado por cosas bellas sino por la belleza, por la Idea de lo bello. El atardecer, el caballo, son bellos "porque participan" de la Forma de la belleza decía el filósofo. ¿Qué era lo que englobaba a todas las cosas bellas? He ahí el meollo del asunto. Y sólo se podía descubrir inteligentemente, por eso la importancia que atribuye a la razón como único camino para encontrar la esencia.

Ahora bien, si nunca hemos visto una línea perfectamente recta ¿cómo sabemos lo que es recto? La teoría de las reminiscencias nos da la respuesta.⁵ Habíamos visto que Sócrates cree en la existencia del alma. Además sostiene que el alma es inmortal y que no sólo tendrá una vida posterior a ésta sino que tuvo una pasada. En esa vida anterior a la nuestra el hombre conoció las Ideas o For-

mas. Al nacer las olvida; no obstante, cuando ve una cosa bella *recuerda* algo de la belleza y sabe que esa cosa es bella. Para recordarlo por completo se requiere del ejercicio dialéctico que, para Sócrates, consiste en el diálogo de preguntas y respuestas cortas que permite a la razón indagar y recordar.

El caso típico para mostrar este procedimiento lo encontramos en el *Menón*. Sócrates llama a un esclavo -recuérdese que los esclavos no eran considerados ciudadanos y que eran ignorantes pues no tenían derecho a la educación- y dibujando con varita sobre la arena le va haciendo preguntas sobre geometría. El esclavo responde a ellas y así demuestra el filósofo que aquél sabía geometría sin que nunca la hubiera estudiado. Es la mayéutica socrática que debido a la forma en que elabora la pregunta la respuesta tiene que ser *x*, pero Sócrates atribuye a las reminiscencias.

Todo esto configura lo que se conoce como la paradoja de Sócrates: virtud es conocimiento. Habíamos dicho que el objetivo de la vida era hacer al alma tan buena como fuera posible; para lograrlo se requería conocer los asuntos propios de ella. No sorprende entonces que el conocimiento que postula Sócrates no sea de carácter intelectual sino moral: conocer al hombre en tanto tal, independientemente de que fuera estadista, general, zapatero o cochero; es decir, la *areté* humana, la esencia del ser: la virtud del alma.

Si el hombre hacía el mal era porque ignoraba el verdadero bien; si robaba, por ejemplo, no era por hacer el mal sino porque creía lograr un bien: el dinero. Pero éste era un bien *aparente* y el verdadero, el perfeccionamiento del alma, no se habría conseguido. Contraparte de la paradoja: ignorancia es vicio. Así, todo hombre que descubriera y aceptara el verdadero sentido de la vida tendría que acabar siendo virtuoso, y si no lo fuera, se debería a la ignorancia sobre el papel de la existencia humana. No es otro el sentido de las palabras que escribe Goethe a Guillermo de Humboldt, en 1832, cuando afirma que está intentando erradicar de él todo lo que exista de falso para desarrollar al máximo sus potencialidades humanas. No es otra cosa lo que dice Séneca sobre la madurez: la capacidad de detenerse un momento consigo mismo mientras los demás continúan yendo y viniendo.

La creencia de Sócrates en la inmortalidad del alma es consecuencia ineludible de todo pensamiento. Esa creencia no estaba generalizada en su tiempo. Ciertamente que los pitagóricos la sostenían, pero no en el sentido ni con la profundidad socráticos.

Si la finalidad era hacer al alma tan buena como fuera posible el medio para lograrlo era la filosofía y el agente para realizarlo el filósofo. Por eso la educación por excelencia era la filosofía que él entendía como la disciplina

⁵ Sobre esta teoría también se ha polemizado y concluido casi por lo general que es platónica. Como se observará está en íntima e inmanente relación con la Teoría de las Ideas, con el concepto del alma y con la creencia en el valor de la razón para encontrar la verdad, de suerte tal que todas estas son partes de un mismo pensamiento: el de Sócrates.

dedicada a los asuntos del alma. Cuando alguien se enferma, decía Sócrates, acude de inmediato al médico, es decir, al especialista en curar los cuerpos pero, en cambio, cuando se trata del alma no acude al médico especialista en ellas: al filósofo.

Otros, pues, enseñaban *aretés* particulares; Sócrates enseñaba la *areté* por excelencia: la humana. Algunos se preocupan por mejorar determinadas facultades del hombre; Sócrates por el hombre en su totalidad. A diferencia del escepticismo de Gorgias, él creía en la posibilidad y el sentido de la comunicación educativa. Y si reprochaba a aquéllos que no lograban hacer mejores a sus discípulos, la historia puede certificar que las enseñanzas de Sócrates no sólo hicieron mejores a sus seguidores sino inmensamente más rica a la humanidad.

Ahora bien, Sócrates no sólo elabora una teoría filosófica de trascendentes alcances, sino, a la vez, configura un método propio. He ya apuntado que la dialéctica -el diálogo de preguntas y respuestas cortas- permite a la razón divagar libremente en busca de la verdad. Su método surge de la decepción que le produce la lectura del libro de Anaxágoras por la forma en que éste aborda los problemas de la naturaleza, como lo leemos en el *Fedón*. Sócrates afirma que si no podemos conocer las cosas por su observación directa será menester hacerlo examinando las afirmaciones que demos de ellas. Los sentidos sólo perciben lo aparente; la razón puede llegar al verdadero conocimiento. En el *Fedón* y en el *Menón* podemos observar el típico procedimiento de la dialéctica socrática. Se comienza por una *hipótesis* inicial y se sigue deduciendo sus consecuencias. La hipótesis socrática no lo es en el sentido en que usamos hoy el vocablo: como una suposición. "Sócrates lo considera como punto de partida de un argumento porque lo supone verdadero, o porque es terreno común a él y a su interlocutor".⁶ Si la hipótesis se acepta tiene que seguirse la deducción hasta sus últimas consecuencias; pero la hipótesis misma puede ponerse en duda y en caso o se defiende como consecuencia de otra menos discutible o se cambia. Taylor lo ha apuntado con claridad: "La regla importante de ese método es que la pregunta: ¿qué consecuencias se deducen de la hipótesis?, y la pregunta: ¿es la hipótesis misma verdadera?, deben mantenerse separadas".⁷

Otro aspecto que me interesa señalar es el relativo a la congruencia entre la teoría y la práctica en Sócrates. La grandeza de este filósofo no sólo se debe a la creación de una teoría y un métodos propios ni al trascendente papel educativo que realizó, sino a que logró demostrar, ante el mundo entero, que es posible vivir de acuerdo con lo que se piensa. La solidez moral, la fortaleza vital, la pureza de espíritu de Sócrates se expresan en su vida diaria. En cada acción que realiza, en cada función que desempeña, están detrás sus convicciones. Eso explica su comportamiento cuando ocasionalmente participa en la guerra o en la política.

⁶ Taylor *El pensamiento de Sócrates*. México, Breviarios del FCE No. 161. p. 132.

⁷ Loc. cit.

Quiero recordar algunas de sus experiencias en esos campos para, por una parte, enfatizar la congruencia de la que he hablado y, por otra, para dar una visión más acabada del filósofo que nos explicará, en buena medida, su actitud durante y después del proceso que lo llevará a la muerte.

Dedicado de lleno a la filosofía, procurando evitar todo aquello que lo apartara de su misión y para lo cual la "voz" le era de enorme utilidad, Sócrates, cuando lo consideró necesario, participó en la guerra y en los asuntos públicos de su ciudad. Todo ello es narrado por Platón en varios de sus diálogos.⁸ Recordémoslo.

En el *Banquete*, Alcibíades relata la fortaleza de ánimo de Sócrates durante la batalla de Potidea y cómo el filósofo lo protegió cuando fue herido. Dice haber sido testigo, además del valiente comportamiento de Sócrates durante la retirada de Delio, aseveración que confirma el general Laques en el diálogo del mismo nombre. Laques sostenía que si toda la tropa ateniense se hubiera comportado como Sócrates hubieran resultado vencedores en lugar de vencidos. "El valor de los hombres -escribió Esquilo- es el más inexpugnable muro".

En la vida pública Sócrates fue tan consistente como valiente en la guerra. En el año 406 los atenienses triunfan en la famosa batalla de las Arginusas, pero se pensó que los generales habían tenido culpa en la pérdida de veinticinco naves y de cuatro mil hombres. Se decidió juzgarlos en bloque por la asamblea de ciudadanos y no por un jurado. Los prytanes -Comité del Senado de los Quinientos- protestaron por el procedimiento. Sin embargo, ante las amenazas de añadir sus nombres a la lista de acusados, acabaron desistiendo de sus objeciones. Todos salvo uno: Sócrates, miembro del Senado y de los prytanes en ese momento, quien luchó hasta el final por impedir esa ilegalidad. Empero, su decidida acción solitaria no fue suficiente para lograrlo.

Poco después, en el año 404, Atenas pierde la guerra del Peloponeso y el espartano Lisandro le impone, en el gobierno, a una Comisión llamada de los Treinta. Los Treinta Tiranos se constituyen en una violenta oligarquía que comete todo tipo de atropellos y arbitrariedades: se apoderan ilegalmente de propiedades, asesinan a sus opositores y ejercen su voluntad por encima de los derechos de los atenienses.

Una de las manifestaciones consistió en prohibirle a Sócrates la práctica de la oratoria, arte que ellos habían cancelado. Más tarde le ordenaron al filósofo y a otros cuatro apresar al acaudalado León de Salamina con objeto de apoderarse de sus propiedades. Sócrates se niega a cometer tal acción y se marcha a su casa. Su desobediencia probablemente le hubiera costado la vida si el oligárquico gobierno no hubiera sido derribado al poco tiempo.

⁸ La "voz" no era la conciencia, pues no hacía referencia al bien y al mal, sino era una especie de llamada que le advertía de la inconveniencia de realizar determinada acción. Cuando Sócrates se alejaba de su misión, por ejemplo, el signo se le manifestaba para evitarlo. Siempre para impedir realizar algo; nunca para incitarlo a emprender alguna acción, como él mismo lo afirma en la *Apología*.

Pensamiento y acción, vida y filosofía son en Sócrates dos partes de un mismo todo. Congruencia, insisto, pocas veces alcanzada en la historia.

Entendidas su filosofía y su práctica social no sorprende su comportamiento durante el proceso de los años 400-399. Sócrates es, en ese entonces, acusado de impiedad y de corromper a los jóvenes y finalmente condenado a la pena de muerte. Veamos en qué consistieron acusación y defensa y qué estaba detrás de ellas.

La acusación, según relata Diógenes Laercio, rezaba así:

Melito, hijo de Melito, del *deme* de Pita, acusa a Sócrates, hijo de Sofronisco, del *deme* de Alopece, bajo juramento, al siguiente efecto. Sócrates es culpable: 1) de no rendir culto a los dioses a quienes rinde culto el Estado, sino introducir prácticas religiosas nuevas y poco conocidas; 2) y además, de corromper a los jóvenes. El acusador público pide la pena de muerte.⁹

El instigador del proceso fue Anito, demócrata moderado, quien, por serlo, no podía ser considerado un fanático político ni tampoco -había defendido a Andócides el orador acusado de impiedad- un fanático religioso. Su motivación era otra, a la que en poco me referiré. Melito fue el instrumento público del proceso. El acusador de Andócides se llamaba Melito y fue de los que arrestaron a León de Salamina. Taylor piensa que se trata del mismo hombre. Si fuera así estaríamos frente a un fanático religioso a juzgar por el discurso contra Andócides y nos encontraríamos en posibilidad de entender por qué se escogió la acusación de impiedad. Como se puede leer en la *Apología*, Sócrates la desbarata con facilidad demostrando que se contradecía. A la otra parte de la acusación -la de corromper a los jóvenes- Sócrates le dedica mayor atención y logra refutarla. Esta parte, sin duda, era la esencia misma de la acusación y eso explica por qué Platón la pone en primer término y no a la de impiedad.

El filósofo afirma no tener discípulos y todos sabían que sí los tenía. ¿Qué quiere decir Sócrates con su negación? Por una parte diferenciar su labor filosófica -a la que ya me he referido- de la que los sofistas y por otra pero sustancial parte, desligarse de cualquier relación sospechosa con Critias, Cármides o Alcibíades, es decir, con quienes habiendo estado cercanos a él en una época habían acabado por deshonorar Atenas. Esto es lo que está detrás de la acusación, a juicio de Taylor, y esto es lo que me interesa remarcar aquí porque estoy convencido de que el verdadero motivo de ella fue político.

En los *Recuerdos* de Jenofonte podemos encontrar los elementos que apoyan esta tesis. Los *Recuerdos* fueron escritos para defender la memoria de Sócrates contra un ataque escrito por un personaje que Jenofonte no identifica. Al parecer el libelo recogía la acusación de Anito y Melito y, sin *impedimento legal*, desnudaba el verdadero motivo de aquel suceso.

Jenofonte pone en claro que la acusación de corromper a los jóvenes se basaba en aspectos concretos: en

enseñarles a no respetar a sus padres; en motivarles a mirar con aires de superioridad las leyes establecidas y, por tanto, a no respetar la constitución; en hacerles violentos; en cuestionar la autoridad de los poetas; y en su relación con Alcibíades y Critias. Sobre esto último Jenofonte escribe:

Empero dirá el acusador: con Sócrates vivieron en familiaridad Critias y Alcibíades, causas de tantos y tan grandísimos males para la ciudad. Porque Critias fue el más ladrón, violento y asesino de cuantos gobernaron durante la oligarquía; mientras que Alcibíades fue el más libertino, insolente y violento durante la democracia.¹⁰

Jenofonte demostrará que la relación de esos dos personajes con Sócrates fue sólo por aprender de él aquello que les fuera provechoso en lo inmediato¹¹ y que tan pronto como destacaron en la vida pública se alejaron del filósofo.

Lo importante aquí es resaltar que lo que en el fondo se le achaca a Sócrates es haber educado a traidores a la causa ateniense. La supuesta culpa de Sócrates no se podía explicitar en el tribunal porque la Amnistía del año 404-403 impedía que se acusar a alguien por delitos cometidos antes de esa fecha y por ello me referí anteriormente al *impedimento legal*. Si a esto añadimos el que Sócrates durante toda su vida cuestionó una y otra vez la clase dominante de su tiempo, la hipótesis cobra mayor fuerza. En efecto, el filósofo significó una molestia constante para los poderosos del siglo V A.C. En los diálogos de Platón vemos cómo Sócrates cuestiona y pone en entredicho a todos sus interlocutores llegando incluso a ridiculizarlos. Y con frecuencia son hombres de las clases dirigentes, orgullosos e indispuestos a aceptar que toda su existencia carece de sentido. Aparecen ante Sócrates, Cármides, Critias, Laques, Alcibíades y el propio Anito, por citar sólo algunos. La molestia que muestra Anito en el *Menón* es un reflejo diáfano de lo que sostengo. Sócrates debía ser una "plaga" para ellos. Lo que criticaba no era este o aquel aspecto aislados sino toda la forma de vida que seguían. Cuestionaba incluso la grandeza de Atenas en la medida en que descuidaba la virtud. Criticaba a los grandes estadistas y sostenía que eran incapaces de educar a sus propios hijos.

Matar a Sócrates significaba, pues, matar el cuestionamiento a la forma generalizada de vida de Atenas. Sin embargo, como se puede leer en la *Apología* y en trabajos diversos, el Tribunal no tenía claras las intenciones de matarlo. La solicitud de pena de muerte era natural en ese tipo de procesos y el acusado podía optar por una segunda pena. El Tribunal tenía que escoger entonces entre una de las dos: no podía seguir un tercer camino. Era de esperarse que Sócrates escogiera una menos grave que la de muerte -a juicio de los jurados- y muy probablemente la hubieran aceptado: como el destierro. Pero

¹⁰ Jenofonte *Recuerdos de Sócrates* Libro I, Cap. II.

¹¹ En especial su extraordinaria facultad en el discurso.

⁹ Diógenes Laercio *Vidas de filósofos ilustres*, II, 40.

si Sócrates admitía algo así contradiría todo su pensamiento. Afirma que jamás dejará de poner en práctica su cuestionamiento.¹² Incluso pide un lugar especial en el Pritaneo para ser mantenido por el Estado, como los atletas, y poderse dedicar íntegramente a su misión, pues estaba convencido que Apolo le había encomendado ese trabajo y que era un bien para Atenas. Naturalmente esto irritó al jurado y lo condenó a muerte por una votación mayor que la que había emitido minutos antes sobre su culpabilidad.¹³

Lo que el tribunal deseaba era quitárselo de encima y no matarlo, pero el filósofo no les deja salida. Y querían quitárselo de encima no sólo por sus constantes críticas sino por la trascendencia de ellas. Sócrates era escuchado, respetado y seguido por un considerable número de atenienses. Su palabra tenía peso.

Por ello pienso que el verdadero motivo de la acusación fue político. El propio Sócrates así lo deja entrever en la *Apología*. De ser así, a la importancia decisiva y fundamental del pensamiento de Sócrates, y a la congruente vitalidad de su conducta, añadiríamos un aspecto relativamente poco tratado en los estudios sobre el maestro de Platón: sus ideas políticas o, mejor dicho, la trascendencia a lo político de sus ideas éticas.

Lo incuestionable, en todo caso, es que la gran revolución de la filosofía, la verdadera concepción humana de la vida, el más profundo vuelco hacia el interior del hombre y su esencia, la trascendental preocupación por el alma y por el valor de la razón en la búsqueda de la verdad, nacen con Sócrates, una de las dos figuras que más han influido en la historia de la humanidad, como apuntó A. E. Taylor.

¹² Sócrates acepta pagar como multa una *mina* (que es lo que él tenía) y, por insistencia de sus amigos, quienes le prestarían, sube el ofrecimiento a treinta *minas*.

¹³ Platón, *Apología* (35c-38c). La votación contra Sócrates fue de 281 por 220 a favor. Pero en la condena de muerte votaron por ella 360 y sólo 141 por la proposición de Sócrates. Aunque Diógenes Laercio da otras cifras, éstas no parecen creíbles.